

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS: NOTICIAS DE MIGUEL DE SILES CABRERA Y ALGUNOS DE SUS TEXTOS OLVIDADOS

Manuel Urbano Pérez Ortega†

RESUMEN: Un poeta a caballo entre los años finales del siglo XIX y primeros del XX, fue el joven y malogrado jaenés Miguel de Siles Cabrera, de predicado futuro, otrora huésped de antologías, y sobre el que hoy cae el más denso de los silencios. Un escritor desconocido en verso y prosa, de no escasas colaboraciones en periódicos y revistas de difusión nacional, del que se ofrece una amplia semblanza biobibliográfica, así como diversos textos de sus tres anunciados libros, que sepamos, jamás impresos, que van desde los que se nutren de la esencia de la poesía los cantares o la flamenca popular, el costumbrismo sureño modernista, a los de «atrevida» temática social y religiosa –aspecto éste último que, en la práctica, le hace caso único en la literatura jaenesa de la época–. En suma, una estética muy varia de su prometedora juventud en sazón, en la que, en muy buena medida, se dan cita los firmes posos del romanticismo, junto al naturalismo y el modernismo.

Entre los poetas giennenses que buscan su acomodo en la nueva Musa surgida en los años finales del XIX y primeros del XX tiene acogida el joven y malogrado Miguel de Siles Cabrera, periodista, poeta y narrador nacido en Jaén, según se viene asegurando, en 11 de septiembre 1879¹ y, tras dilatada enfermedad, tras larga residencia malagueña, fallece en Barcelona, donde trabajaba como corrector de *La Tribuna*, el 15^o de febrero de 1904². Como tantos otros escritores de su tiempo, debió ser habitante empedernido de la bohemia, como viene a indicárnoslo Alfredo

¹ Consultado el libro de nacimientos correspondiente a ese año en el Registro Civil de Jaén, no figura inscrito, al menos con ese nombre.

² *La Vanguardia*, Barcelona, miércoles, 16 de febrero de 1904:

Ha fallecido en esta ciudad el culto periodista Don Miguel de Siles Cabrera.

Delicado de salud desde hace algunos años, venía ocupando una plaza de corrector en nuestro colega *La Tribuna*.

Por tanto, Cazabán sufre un error cuando indica como fecha del fallecimiento el día 16 de octubre de 1904.

Cazabán en la sucinta noticia biográfica que nos ofrece en su antología *Poetas y poesías (Florilegio)*³:

Hasta muy poco antes de su muerte luchó con dos grandes enemigos para avanzar: con la envidia y con las contrariedades de la suerte. Cuando contaba con muchas esperanzas en un terreno en el que tenía acogida para sus versos y alientos para sus entusiasmos, rindió la jornada agotado por una bohemia, corta, sí, pero intensa en emociones y a la que le habían llevado su temperamento soñador y sus desventuras personales sostenidas con desprecio de su edad.

A la muerte del joven, el anciano poeta Antonio Almendros Aguilar le tuvo como «flor de esperanza tronchada por el vendaval humano cuando empezaba a abrir».

Circunstancias y apuestas vitales no infrecuentes entre los artistas y escritores de esa época, caso de Pedro Barrantes, Armando Buscarini –autor de *Cancionero del Arroyo*; Madrid, 1920–, Pedro Luis Gálvez, o Ricardo J. Caterineu, de quien Rafael Cansinos Asséns manifiesta que⁴

en su juventud había sido amigo y compañero de poetas bohemios y alcohólicos como Dicenta, Manuel Paso, Limendoux, Delorme, alguno de los cuales había muerto prematuramente.

Por igual, lo pondrá de relieve Manuel Machado en *Un año de teatro*⁵:

No quisiera rememorarlos aquellos días tan próximos y tan pasados, en que una élite inteligente y fuerte, precursora de los innovadores puramente literarios y artísticos del 98, sentía ya acongojado su sentimiento por algo así como el presentimiento de la gran catástrofe nacional y política. Vivía inquieta y desazonada. Vivía poco. Muchos acabaron jóvenes, víctimas de la bohemia a la que le llevó su descontento y el alcohol en que ahogaron sus ansias de ideal: Sawa, Paso, Delorme.

O el testimonio del otro gran bohemio que fuera Emilio Carrere en «Divagación acerca de la señorita Bohemia»⁶:

La bohemia es la musa bella y trágica del arroyo, que exige el sacrificio de la juventud como un ídolo sanguinario.

Sorprende y crea cierto desasosiego contemplar la delgadez de nuestro poeta en la única fotografía que de él nos es conocida, publicada por Alfredo Cazabán en su citada antología, donde, en la práctica, nada más

³ Pág. 191; Impta. La Unión; Jaén, 1911.

⁴ *La novela de un literato*, p. 250; Edit. Páez; Madrid, 1927.

⁵ Edit. Biblioteca Nueva; Madrid, 1918, p. 56.

⁶ *Retablillo grotesco y sentimental*, p. 7; Edit.

se nos informa de la vida y obra de Siles, como desde él, nada en especial aportarán los escasísimos estudiosos que se aproximaran al jaenés, caso de Francisco Cuenca, en su *Biblioteca de autores andaluces modernos y contemporáneos*⁷. De Siles Cabrera no se conoce, pese a sus reiterados anuncios, libro édito alguno, aunque sí y por el contrario abundan sus colaboraciones, tanto en verso como prosa, literarias o eminentemente periodísticas, en periódicos y revistas de la época, caso de los madrileños *La Correspondencia de España*, *El Globo*, *Iris*, *Don Quijote*, *El Motín*, *Nuevo Mundo*, *El País*⁸, *Relieves*, o *La revista moderna*⁹; o en la catalana y levantina, caso de la revista *Pluma y lápiz*, *El correo de Gerona*¹⁰, *La Correspondencia alicantina*¹¹, o en el *Heraldo de Alcoy*¹² y el *Diario de Alcoy*¹³; y en la de las más distintas regiones, como el salmantino *El Adelanto*¹⁴, o *El Guadalete*, de Jerez de la Frontera¹⁵; etc., etc. Ninguna colaboración suya hemos encontrado en la prensa giennense, aunque nos ha sorprendido una crónica firmada por él y remitida desde Málaga a *La Correspondencia de España*¹⁶, donde muestra su entusiasmo por la poesía del también jaenés José Almendros Camps, así como sus conocimientos sobre los jóvenes novelistas y poetas malacitanos, quienes debieran ser buenos amigos de juventud, alguno de ellos, caso de José Sánchez Rodríguez, le dedicará una de sus poesías, «Invierno»¹⁷; datos, entre otros¹⁸, que nos inducen a

⁷ Tip. Moderna; La Habana, 1921-1925.

⁸ Entre otros: «Bernardo López García»; Madrid, 27 de julio de 1989; «Autores y libros: *Pasionarias*, de José Almendros Camps»; Madrid, 6 de abril de 1900; y «Alfredo Cazabán, *Los tristes*», Madrid, 6 de agosto de 1900.

⁹ N° 197: «Bernardo López García, traslado de sus restos»; Madrid, 4 de agosto de 1899. Por igual, aparecerá publicado en *La Verdad*; Murcia, 7 de agosto de 1899.

¹⁰ «En la meta. Escena única».

¹¹ En 21 de noviembre de 1898, publica «Crepúsculos», pequeño relato dialogado, o estampa teatral; algo en lo que abunda su producción. En 13 de febrero de 1899, el cuento «Antaño y ogaño»; como en 1 de mayo de 1902, el relato «El último idilio».

¹² En 1 de julio de 1902, «El Pastor», cuento que, por igual, vemos reproducido con anterioridad –septiembre de 1899– en *La Revista Moderna*.

¹³ En 4 de junio de 1902, el cuento «Don Paco».

¹⁴ En la edición de 21 de enero de 1899, da el relato «El beso de la mendiga».

¹⁵ «Cuento eterno»; 19 de febrero de 1899.

¹⁶ Publicada en la edición de 19 de enero de 1899.

¹⁷ *Revista moderna*, n° 107; Madrid, 17 de marzo de 1899.

¹⁸ «El primero que entró en Indang», *El Imparcial*; Madrid, 13 de mayo de 1897:

Por noticias particulares hemos sabido que el primer soldado que entró en Indang no fue el sargento Sibes, como dicen algunos periódicos, sino D. Mariano Siles Cabrera, natural de Jaén y hermano del joven escritor don Miguel Siles.

El valiente sargento tiene veintitrés años y llevaba tres en el ejército; sentó plaza como voluntario, ascendió a sargento y voluntariamente se pasó a Cuba, en cuya campaña se distinguió notablemente, obteniendo la cruz del Mérito Militar con distintivo rojo.

pensar en la posibilidad de una estancia más o menos larga del joven creador en la capital andaluza costera, si bien pronto se trasladará a Madrid y no tardaría en fijar su posterior estancia en Barcelona, pues a inicios de 1903 lo vemos como primer secretario del recién creado partido Liberal-Demócrata, de José Canalejas, en el distrito V de Barcelona¹⁹, como unos meses antes, en 1904, asistirá en Málaga, la ciudad de su mayor residencia, a la creación del montepío del personal subalterno de talleres y oficinas de los Ferrocarriles Andaluces, haciendo uso de la palabra en nombre de todos los trabajadores²⁰. Dos datos que nos dan medida suficiente de la actividad cívica, política y sindical, de Miguel de Siles.

Regresando a la creación poética de nuestro joven autor, y al margen de si viera la luz alguna de sus obras, nos resulta de alta elocuencia el juicio crítico que la misma le mereciera al tan citado Cazabán Laguna, tan complaciente, por otra parte, con el coro y coto lírico jaenés de clérigos, personajes acomodados y damas rimadoras:

Fue de los jóvenes a quienes el público combatió más por los defectos de sus primeras obras y de los que más pronto aceptaron las advertencias, reformaron lo defectuoso y contestaron con brillantez composiciones a los latigazos de la crítica. En sus versos, pequeños, ligeros, fragmentarios, hay chispazos luminosos, ideas atrevidas, protestas sarcásticas y siempre un fondo de queja y de dolor, hijos del medio.

No hay que conocer en demasía el pensamiento de quien fuera cronista de la provincia, para advertir que el medio social jaenés, de tantas cerrazones, le fue en muy buena medida hostil al joven poeta, ante todo por sus «ideas atrevidas y propuestas sarcásticas», algo que le hace ejemplar prácticamente único en la literatura jaenesa de su tiempo, si exceptuamos los más atemperados textos de José Almendros Camps. Y hay algo más, eminentemente literario, en la reseña crítica, caso de la referencia a los «versos pequeños». Y es que, entre la dispersa y no escasa producción de Siles, abundan las formas estróficas populares y los cantares; así como, en sus primeros tiempos, la poesía breve, sentenciosa, de inequívoca herencia decimonónica y raíz campoamoriana, tan irónica como sarcástica, desenfadada, cuando no descarada, caso del muy breve «¡Mira tú!»²¹:

Regresó por enfermo a la Península, pasando dos meses en Málaga con su madre y hermanos.

¹⁹ *Dinastía*; Barcelona, 3 de septiembre de 1903. Curiosamente, Canalejas, al igual que nuestro autor, como luego veremos, fue empleado de ferrocarriles,

²⁰ *El Graduador*, Alicante, 16 de marzo de 1905.

²¹ *La Revista Moderna*; Madrid, 29 de octubre de 1898.

*Caminando por el mundo,
siempre en rudo batallar,
un sabio, ¡sabio profundo!
me enseñó un día a olvidar.*

*Mira tú, mi Encarnación,
si buen discípulo fui,
que a la primera lección
¡olvíde lo que aprendí!*

O en esta ocurrente quintilla intitulada «Epitafio»²²:

*Aquí yace Blas Calambre,
que, según dice la gente,
murió repentinamente
de una indigestión... de hambre.*

Una poesía ácida en ocasiones, oportuna y recurrente, abierta a la amable sonrisa, que suele abundar en la prensa de la época, y no esconde, a la postre, su liviandad. Bien hace el poeta jaenés en rotular la muestra que sigue bajo el rótulo de «Ligerezas»²³:

²² *El Liberal*, órgano democrático de la isla de Menorca, 27 de julio de 1899.

²³ *La Revista moderna*; Madrid, 17 de diciembre de 1898. Pocos días después -17 de diciembre de 1898- publica en *El Liberal*, órgano democrático de la isla de Menorca, bajo el mismo rótulo de «Ligerezas», otra colección con cuatro textos distintos, lo que viene a señalarlos un continuado hacer de estas maneras. Queden los referidos textos, alguno de saladisima anécdota, caso del primero, donde juega con acierto el significado del verbo «picar»:

*Para salvar a un amigo
víctima de mil apuros,
ha un año empené el abrigo
que yo llevaba conmigo,
en diez pesetas (dos duros).
Y hoy, que lo he desempeñado,
observo que se ha picado,
de lo que soy el culpable;
pues yo sé que lo probable
era haberlo disgustado.
Pero lo más lastimoso,
Lector crédulo y piadoso,
no es esto, sino que yo
conozco a mi paletó
y sé que es rencoroso.*

**

*Dos cosas hay en la vida
que, sin demostrar espanto,
secan de verdad el llanto:
el pañuelo y la bebida.*

*Desde que mi amigo Marco
le dio a su mujer su nombre,
vive con su suegra, el hombre,
porque él no tiene ni un cuarto.*

*Y para poder vivir
muy cómodo y ricamente,
ni dar que hablar a la gente
y sin hacerla reír,
anda diciendo a lo lelo,
y a veces hasta lo escribe,
que si con su suegra vive
¡es para ganarse el cielo!*

**

*Un beso a Inés dio Tomás,
y tan pronto se le dio,
la chica se desmayó...
(para que le diera más.)*

**

*Paseando Serafín
tropezó en un adoquín,
y el adoquín exclamó:*

**

*Después de mucho sufrir
murió Paco, ¡un gran señor!,
y su cónyuge, Leonor,
dice que se va a morir:
¿De pena?*

*¡Qué! ¡No, señor!
Porque en la esencia está
-¡si ella reconocerá
obstáculos al asunto!-
de que otro no acudirá
a reemplazar el difunto.*

**

*Tanta grasa, el vate Coma,
lleva siempre por delante,
que todo el mundo lo toma
por un escritor brillante.*

—¡Oh, destino! ¡ Triste fin
la suerte me deparó!

**

Me suplicas, ruborosa,
que te olvide, bella Rosa,
y muy tarde lo has pensado;
porque has de saber, hermosa...
que hace tiempo te he olvidado.

**

Porque, ciego, te seduje,
tu madre me procesó;
¡si ella llega a ser la novia,
no me da aquel sofocón!

**

Me miró tan fijamente,
que morí, loco, demente;
pero me volvió a mirar
de aquel modo tan ardiente,
y volví a resucitar.

**

Lo llevaron a presidio
porque cometió una estafa,
y en el presidio murió.
¡El hecho no fue en España!

**

Desesperado Juan Pueyo,
según me ha contado Elisa,
se cortó anteayer el cuello,
(el cuello de la camisa).

Una poesía en la que no faltarán los versos epigramáticos, caso de los dos poemitas que siguen, los más antiguos que conocemos nacidos de la pluma de Siles²⁴, y en los que, como bien puede advertirse, juega con el doble significado de las palabras, algo en lo que abundará su producción

²⁴ «Epigramas», *La Crónica Meridional*; Almería, 3 de noviembre de 1897.

literaria de este tipo ligero y desenfadado, si bien en ocasiones, caso del penúltimo cantar, crítico:

*Un enfermo de la vista
fue al hospital de Antequera
a que lo reconociera
un afamado oculista.
El doctor, D. Gil Tejada,
después que le examinó
un ojo, diagnosticó:
«La pupila muy irritada».
Entonces con extrañeza
preguntó el paciente Céspedes:
«¿Tengo una casa de huéspedes
dentro de la cabeza?».*

* * *

*Blas Martén, aficionado
a escribir en verso y prosa,
fue a ver a Juan de la Rosa
-un escritor reputado-
para que leyera un cuento
que el chico había escrito,
denominado «Pepito
o la mujer de un sargento».
Cuando Juan leído había
la producción de Martén,
y vio que la frase tren
en un renglón repetía,
exclamó sin vacilar
y con acento burlón:
-«¿Dos trenes en un renglón?
Hombre, que van a chocar».*

Pero donde más recalca la pluma del joven jaenés es en los cantares, de los que pueden ser muestra estos que siguen²⁵:

*Entre rosas la enterraron.
¡Cómo sería de bella,
que, cuando a verla tornaron,
no pudieron dar con ella!*

²⁵ *La Revista Moderna*; Madrid, 10 de diciembre de 1898, pág. 15; año II, nº 93.

**

*Cuando a aquella infame herí,
la punta de mi puñal
llevaba lágrimas mías
¡por eso se morirá!*

**

*Para adorarla hubo muchos;
para defenderla, pocos;
para servirla hubo menos;
para rezarla, ¡yo sólo!*

**

*Las mujeres y los cuadros
y las flores y los fuegos,
como la guerra y los toros,
para verlos desde lejos.*

**

*Que son tus lágrimas perlas,
dice tu novio, Mercedes.
¡Ahora no explica por qué
te hace llorar tantas veces!*

**

*Cuando vuelvas de la guerra
no preguntes dónde vivo.
¡que ya habré muerto de pena!*

**

*El día que falte el oro,
la seda y el terciopelo,
qué pocas damas habrá
y qué pocos caballeros.*

**

*Dile a una mujer «infame»
y verás cómo se calla,
pero ve y llámale «fea»
y verás como te araña.*

**

*Limosna un día pedí
para que comer pudiera;
¡y la ingrata, avergonzada,
hoy en pago me desprecia!*

**

*En medio de cuatro luces
la vi al volver de la guerra;
¡lo que las balas no hicieron
lo hizo en mi pecho la pena!*

**

*Cuando doy una limosna,
siempre aprieto yo la cara;
¡qué mal le sientan al cuerpo
las buenas obras del alma!*

**

*Pobre soy, cuando me muera,
muy pobre será mi entierro;
¡no sonarán más campanas,
si lloras, que tus lamentos!*

Mucha pena andaluza en cuartetos y algún terceto para contener una soleá. Por igual los cuatro que siguen, aparecidos en una selección de *Nuevo Mundo*²⁶, y los que, salvo el segundo, ya había editado con anterioridad en diversas colecciones

CANTARES

*Pobre soy, cuando me muera
muy pobre será mi entierro.
¡No sonarán las campanas,
si lloras, que tus lamentos!*

*Tu conciencia será el blanco
en venganza de tu infamia;
mis ayes los proyectiles
y el trabuco mi garganta.*

²⁶ Madrid, 28 de noviembre de 1903, p. 7.

*Cuando a la infame la herí
la punta de mi puñal
llevaba lágrimas mías,
¡por eso se morirá!*

*Para adorarla había muchos,
para defenderla pocos,
para servirla hubo menos,
para rezarla... ¡yo solo!*

Estamos en la órbita de lo popular o, mejor, del mundo flamenco, más tremendista y truculento, algo nada infrecuente en los poetas de su tiempo y, ante todo, entre los modernistas, Salvador Rueda, Manuel Machado, Emilio Carrere y todo un largo etcétera. Pero hay más, no sólo el fondo, sino las formas poéticas que sirven de vehículo al cante flamenco las incorpora Siles a su hacer lírico, como bien puede apreciarse en las ocho estrofas siguientes, las características de la siguiuriya gitana, algo que ya hicieran con anterioridad, entre otros, los citados Salvador Rueda o Manuel Machado:

FIEBRE

*Dile que se vaya,
que no quiero verla,
que la herida que me abrió en el pecho
aún la tengo abierta.*

*Que de mí se aleje,
que no pienso en ella,
que su acción no olvido, que el rencor es malo,
peor que una fiera.*

*Dale aquellas flores
que llevó un día puestas;
dale su retrato, ¡rompe la guitarra
que toqué a su puerta!*

*Dile que se olvide
de la tarde aquella
en que, infiel, la ingrata, fingiendo sus amores,
me hizo mil promesas.*

Cierra la ventana,
el frío me hiela;
échame la manta, tápame los brazos,
¡qué madre tan buena!

Troncha aquellas flores,
rompe la maceta,
que ya que yo muero, no quiero que nadie
disfrute de ella.

¡Madre de mi vida
que no quiero verla!
¡Échala a la calle, dile que se vaya,
dile que no vuelva...!

Dale su retrato...
el frío me hiela...
échala a la calle... Dale aquellas flores...
¡Dale mi alma entera!

El poema, en alguna medida inmerso en la musa flamenca y publicado en *Pluma y Lápiz*²⁷, tiene el interés bibliográfico añadido de una nota a pie de página: «Del libro en preparación *A cara y cruz*, con prólogo de Salvador Rueda». Y algo más, que el anunciado libro estuviese prologado por el excelente poeta malagueño y por los textos que de él conocemos, no nos induce a catalogarle de pleno dentro del área de influencia modernista, joven movimiento que con alguna anterioridad tuviese el rotundo rechazo de nuestro autor —«peste de modernistas»—, lo que, contradictoriamente, no evita su entusiasmo, como viéramos, por alguno de sus integrantes, caso de los malacitanos Sánchez Rodríguez o González Anaya²⁸, o sus relaciones amistosas epistolares con Salvador Rueda²⁹. Estamos, sin duda, con el últimamente transcrito, ante el más conocido de los poemas de nuestro autor y el más apreciado por la crítica de su tiempo, de aquí

²⁷ Barcelona, 19 de enero de 1903; con anterioridad lo vemos publicado en *Heraldo de Alcoy*, 20 de junio de 1900. En una sesión radiofónica póstuma de Radio Barcelona -30 de septiembre de 1926- se emitirá, dentro de la que fuera una sucinta antología poética giennense, con textos de Alfredo Cazabán —«Las manos de mi hijo»— y Manuel Ráez Quesada— «Ensueño de la Virgen»—.

²⁸ «Desde Málaga», *La Correspondencia de España*; Madrid 19 de enero de 1899.

²⁹ Siles, en la medida que le fue posible, tuvo una gran dedicación en difundir los valores poéticos giennenses. Así, envió a Rueda, *Los Tristes*, de Alfredo Cazabán. El de Benaque le acusó recibo a Siles en una carta con elogiosos juicios hacia el ubetense, que nuestro poeta mandó publicar en *El Popular*, Linares, 11 de septiembre de 1900.

su inclusión por Eduardo de Ory en *La Musa Nueva. Florilegio de Rimas modernas*³⁰, o por José Brissa en el amplio *Parnaso español contemporáneo de los mejores poetas esmeradamente seleccionado por...*³¹. No obstante lo dicho, la crítica actual es un tanto renuente a su aceptación, de lo que puede ser ejemplo el profesor Martínez Cachero, quien sólo advierte en este poema, en el que el hijo pide a la madre le calme su fiebre amorosa y desdichada, una buena dosis de la «sentimentalidad más tónica»³².

El mismo tratamiento métrico encontramos, pongamos por caso, en el poema algo anterior dado en *Mundo Nuevo*³³ y que seguidamente reproducimos, si bien en él ese sentir popular andaluz queda bastante más diluido:

ÍNTIMA

I

*Cerraba la noche,
con ruidoso estrépito
la lluvia caía sobre la ventana
que azotaba el viento.*

*Las olas rugían
con rugidos fieros
y como titanes mostrábanse al barco
en cólera ardiendo.*

*La luna ocultaba
sus claros reflejos,
y allá se veía[n] brillar como estrellas
las luces del puerto.*

³⁰ Cecilio Gasca, Zaragoza, 1908. Incluye también a José Almendros Camps y Alfredo Caza-bán.

³¹ Pág. 437; Edit. Mauci; Barcelona, 1914. También: «Sueños», de José Almendros Camps, p. 17; «Clara», de Alberto Álvarez de Cienfuegos, pág. 103; «Impresiones de un viaje, soneto en hexámetros», de María del Pilar Contreras, pag. 105; «A los pies (desnudos de una mujer)», de José Ortiz de Pinedo, pág. 340; y «Atardecer», de Arturo Osuna Sirvent, p. 347.

³² MARTÍNEZ CACHERO, José María: «Noticia de «La Musa Nueva / Florilegio de rimas modernas», 1908, segunda antología del modernismo español», II pág. 44, de *Anuario Español de literatura General y Comparada*; Madrid, 1979.

³³ Madrid, 10 de octubre de 1900, p. 9.

*El puerto lejano,
alegre y risueño
de mi tierra amada, de la tierra de ella,
¡de mi amado pueblo!*

*Como imprecaciones
del lúgubre cielo
los truenos bramaban allá en el espacio
las nubes hendiendo.*

.....

*Un siglo de sombras
de crueles tormentos...
¡Así era la noche que imaginé de España!
¡mi adorado suelo!*

II

*La noche era plácida,
de calma y silencio.
La quilla del barco surcaba las ondas
del mar verde y quieto.*

*La luna sus galas
lucía en el cielo
y allá se veía[n] brillar como estrellas
las luces del cielo.*

*Del puerto cercano
alegre y risueño
de mi tierra amada, de la tierra de ella.
¡mi adorado suelo...!*

.....

*Una noche de dichas,
el cielo del cielo...
¡Así era la noche que volví a mi España!
¡mi amado pueblo!*

Y un nuevo poema con la misma métrica³⁴ y el que nos recuerda la conocida frase de Allan Poe, «la muerte de una mujer hermosa es indudablemente el tópico más poético del mundo»:

¡MUERTA!

*Ya ha muerto la pobre...
¡Quién iba a pensarlo!
¡Con aquella cara, con aquellos ojos,
con aquellos labios!*

*¡Qué color tenía!
Parecía un nardo
deshojado y mustio dentro de la caja
forrada de blanco.*

*¡Ojitos de fuego
que a mí me miraron...!
¡Quién iba a decirnos que en tan pocos días
ibais a apagaros!*

*Vestida de Virgen,
el pelo a lo largo,
parecióme, al verla, su rígido cuerpo
de lirio tronchado...*

*Descubiertos todos,
en el alma el llanto,
en la triste alcoba, gimiendo de pena
los mozos entraron.*

*Tocaron su frente,
su vestido blanco,
y en triste cortejo, todos taciturnos
salieron callando.*

*Rompió la campana
su lúgubre canto*

³⁴ Desconocemos donde fue publicado por vez primera, en su caso. Lo incluye Alfredo Caza-bán en su citada antología, pp. 192 y ste.

y sobre su cuerpo, glacialmente frío
todos se agolparon.

Cerraron la caja,
cogiéronla en brazos
y todos partieron, la campana mientras
seguía doblando...

¡Adiós, Carmelilla,
la de ojos gitanos!
¡Adiós, mis venturas, adiós para siempre
mis sueños amados!

¿Qué hago yo en el mundo?
¿Sin ti, ya qué hago?
morirme de pena en las solitarias
calles de tu barrio.

llorando las horas
que mi alma alegraron
con la misma pena que llora el cautivo
sus tiempos pasados

La novia niña vestida de imposible blanco. Nuestro poeta parece estar contemplando el velatorio de la joven gitana pintado por Romero de Torres (1895), *Mira que bonita era*, título que, por cierto, utiliza el primer verso de una soleá ya recogida por Bécquer en *La Venta de los gatos*. Patente, una vez más, en los versos de Siles, está la influencia de la musa popular flamenca, sus felices hallazgos expresivos, en los que hay algo más que una tópica sentimentalidad posromántica. Poema inequívocamente modernista y con una temática afín tocada por Villaespesa, Machado, Díaz de Escovar, Sánchez Rodríguez, o el también jaenés, José Ortiz de Pinedo en varios textos y, en especial, en las sextillas «La novia de las manos cruzadas» —«novia muerta en la blancura / del nardo y la azucena»—. Poemas en los que se encuentra la imagen femenina más pura: todo un símbolo estético, todo un equivalente de la pureza espiritual.

Finalmente y como resumen del vario hacer como coplero de Siles, al que permanecerá fiel durante su corta y muy apretada vida, esta selección realizada por él mismo, «Coplas mías»³⁵:

³⁵ *La Correspondencia de España*, 8 de febrero de 1903, y *Diario de Gerona*, 18 de junio de 1903.

*No es culpable de su daño
el veneno, cuando mata;
la culpa la tiene sólo
la mano que lo prepara.*

*Por aquel camino
fueron a enterrarla,
por aquel camino, buscándola a ella,
van todas mis lágrimas.*

*Porque no lloro contigo
dices que soy una fiera;
¡ya quisieras mi ternura
para los días de fiesta!*

Desde el ámbito de la copla, fundamentalmente andaluza, no tardará en saltar a todo un orbe sureño, en ocasiones de un populismo costumbrista desenfadado y adornado de gracia, con ángel en ocasiones, bien frecuente en la poesía de esta época entre dos siglos, como bien puede advertirse en «Cuento»³⁶, donde el poeta subraya palabras y expresiones populares, de las que no abusa:

*Periquillo Malvenio,
(un gitano de Sevilla)
jacarandoso, embustero
y hombre de gracia tan fina
que cuando abría la boca
era morirse de risa),
trataba una vez un burro
pero un gachó de Almogía,
sujeto que, escarmentado
de un timo de que fue víctima
una vez en una feria,
en todo engaño veía
y el hombre no se fiaba
ni de su propia camisa.*

³⁶ *La Revista Moderna*; Madrid, 20 de octubre de 1899, p. 9; año III, n° 138. Con alguna posterioridad –*La Comarca*, 14 de octubre de 1903, p. 2– aparecerá con título algo más extenso, «Cuento andaluz» y con algunas correcciones en los versos, que señalamos en nota a pie de página y las que, a mi juicio, favorecen al texto.

Pues bien, todo era mirar
el burro, de abajo arriba,
cuando cansado el gitano³⁷
de estar con la vista fija
contemplando tentujeos³⁸
y otras muchas pamplinas,
fue y se expresó de este modo³⁹
para abreviar en seguida:
—Le digo que es un gran burro,
y si de mí no se fía
ve y llame osté a la presona
que le parezca más digna.
—¿Tiene mucha resistencia?
—Una cosa nunca vista,
lo mesmo se carga a osté
que a veinticuatro familias⁴⁰.
No tiene más que un defecto.
¡Un defecto! A verlo, diga.
—Que no rebuzna.
—¿Qué no?
—Lo que he dicho, que no chista.
Es mudo de nacimiento
según mi compare afirma.
—Pues nada, que no conviene:
desisto de mi porfía...
Y entonces, el buen gitano,
hecho ya un nudo en las tripas,
exclamó lleno de cólera
ante el gachó de Almogía:
—Dígame osté, ciudadano⁴¹,
¿iba osté ha hacerlo corista?

Desde estos planteamientos líricos, nada de extraño tiene que, en el hacer creativo del jaenés y en un paso más, conviva esa poesía otra, de

³⁷ En *La Comarca*, «el cañí».

³⁸ En *La Comarca*, «tentujeos», en cursiva.

³⁹ En *La Comarca*, éste y el verso siguiente quedan como siguiente: «Acortemos, maresita, / le digo que es un gran burro».

⁴⁰ En *La Comarca*, «y a toíta su familia».

⁴¹ En *La Comarca*, «cabayero».

coloridas estampas costumbristas andaluzas que rozan los rizos del tópicco, como bien puede advertirse en «Toros. Cuadro andaluz»⁴², realizado en una larga serie de hexasílabos romanceados:

*Ya empieza la gente
a invadir la plaza;
los corceles botan
y al trotar levantan
de la tierra el polvo
que tiñe la casa.
Suenan cascabeles
Y crujen las trayas
y algunos cocheros
entre dientes cantan
haciendo más corta
la larga distancia.
Que es día de fiesta
y la gente en masa,
en coches y en vino
el caudal se gastan.
Allí va la Julia,
morena gitana,
de ojitos muy negros,
de labios que abrasan,
luciendo en su coche
su porte y su guasa.
Veloamente cruza
la calle animada
recibiendo flores
y tristes miradas
que en ella se fijan,
en ella se clavan,
hasta que se pierde
luego a la distancia,
y cruza más calles
y más gente mata;
¡porque un cementerio
deja donde pasa!
Allá va la Rosa*

⁴² *La Revista moderna*; Madrid, 7 de abril de 1899, p. 9, año III, nº 100.

no menos gitana
a ver a su mozo
luchar en la plaza
en tanto que aplaude
la gente entusiasta.
Que es Paco un torero
de tan buena marca,
que abre su capote
y se cae la plaza
y llueven sombreros
y diluvian palmas
entre los acordes
de alegre charanga.
Allá va Tacaño,
el primer espada,
luciendo en su traje
lucecillas tantas
que el cielo parece
la noche diáfana.
Tras de la victoria
donde va a la plaza,
muchachos se agitan
que pitan y claman...
De allá, de muy lejos,
de viento una ráfaga
trae notas confusas
de alegre guitarra
que anima una fiesta
donde en tropel baila,
chocando las copas,
chocando las cañas,
animosos jóvenes
y hermosas serranas
que son un dechado
de garbo y de gracia.
Y en tanto que el mundo
de gozo se ensancha
y en la alegre fiesta
diluvian las palmas,
en una casita
muy limpia y muy blanca,

*con muchas macetas
y nardos y albahaca,
y junto a un jilguero
que tiene en su jaula,
la pobre Rosario
que vive en Triana
sus ojos eleva
a una imagen santa
pidiendo a la Virgen
—la de la Esperanza—
Que su Paco vuelva
Sano pronto a casa
Y el Señor le libre
de alguna desgracia.
Mas no hay que asustarse,
ni llorar, ni nada;
¡que es también Pepiyo
de tan buena marca
que abre su capote
y se cae la plaza
y llueven sombreros
y diluvian palmas
entre los acordes
de alegre charanga.*

Y un punto de interés a nuestro juicio para no olvidar. Dentro de esta poesía colorista y epigramática en la que nos detuviéramos con anterioridad, no llega a esconderse un conservadurismo, cuando no abierto reaccionarismo ideológico, como bien puede advertirse —sírvanos de gráfico ejemplo- en el trato jocoso (¿) que recibe la mujer y del que no escapa nuestro autor, quien, según podemos advertir, y es algo digno de subrayar, con el inicio del nuevo siglo, el XX, tomará en este aspecto, como en tantos otros, una postura distinta, de progreso, abierta y valiente, como bien se evidencia en «¡Óyelo bien!»⁴³:

*¿Qué deje yo a esa mujer?
¿Qué no piense en ella más?
¿Qué la olvide? ¡Si creerás
que eso es tan fácil de hacer!*

⁴³ *Diario de Tortosa*; 14 de enero de 1902.

Dices que no me conviene
¡cuando es mi dicha y mi gloria...!
«que es una mujer de historia...».
¡Historia! ¿Quién no la tiene?
Además, la desdichada
no es de su falta culpable,
otra alma es la responsable,
la suegra no, que es honrada.
Por eso mismo la adoro,
y me tiene enamorado;
su pecho yo he sondeado
y visto en él un tesoro.

Ya sabes como nació;
tuvo a una hiena por madre,
y ni conoció a su padre,
ni aún se sabe quién la engendró.
De la Inclusa fue al Hospicio
sin un mal oscuro nombre;
más tarde le perdió un hombre,
y se sumergió en el vicio.
Yo que la vi santa y bella,
la di mi mano de hermano
¡y ella me besó la mano
antes de cogerse a ella!
Si con ternura de niño,
yo en mis brazos la acogí,
ella, mirándome a mí
me paga con su cariño.
Esta es su historia en esencia;
dime si tengo razón
para darle el corazón
y tratarla con clemencia.
«¿Qué es de «historia» en decir das?
Yo no te consulto a ti.
Siendo buena para mí
¿qué me importa lo demás?
Si fue mala, es buena ahora,
-mejor que el mejor amigo-
y mientras viva conmigo
es mi mujer... ¡mi señora!

Pero no será el hasta ahora visto el hacer único de Siles, como no estará sólo entre sus libros escritos, cosa distinta es el que lo sean éditos, como el ya anotado *A cara y cruz*. En el republicano *El País*⁴⁴ encontramos noticia de un nuevo libro de Siles:

Satánicas es el título de un libro, prosa y verso, que tiene en prensa nuestro querido amigo el joven escritor Sr. Siles Cabrera.

Unos días antes *El Globo*⁴⁵ adelanta la información, dando por inmediata la aparición del libro:

Se haya en prensa, muy próximo a publicarse, el libro del inspirado poeta de Jaén don Miguel de Siles, titulado *Satánicas*, acerca del cual tenemos las mejores noticias.

Un libro del que, como el anterior y pese a nuestro empeño, no hemos dado con ningún ejemplar, ni obtenidas otras referencias, por lo que, presumiblemente, quedaría en poco más que proyecto y al que, prejuzgamos, sería excesivo incluirlo dentro de la línea de cierto malditismo modernista, ya estudiado por Pedro J. de la Peña en *El feísmo modernista*⁴⁶. No hemos encontrado texto alguno que haga referencia expresa al libro de tan rotundo título; pero sí hemos dado con diversos poemas que bien podrían pertenecerle, caso del anticlerical que sigue y aparecido en las páginas de *El Motín*⁴⁷:

QUISICOSA

*Dice el párroco Monquecho
–lo cual me produce risa–
que al infierno va derecho
todo aquel que no oye misa.*

*Si es cierto, lector amigo,
lo que asegura ese cura,
y como lo que yo te digo
que dicho cura asegura,*

⁴⁴ Madrid, 1 de marzo de 1900, p. 3.

⁴⁵ Madrid, 26 de febrero de 1900, p. 3.

⁴⁶ Edit. Hiperión; Madrid, 1999.

⁴⁷ *El Motín*, n° 12; Madrid, 27 de abril de 1900, p. 4. Publicado con posterioridad por el propio *El Motín* –Madrid, 15 de febrero de 1917–, dentro de una pequeña antología titulada «La musa anticlerical».

*puedes sin miedo afirmar,
aun ante los más sesudos,
que el infierno debe estar
plagado de sordo-mudos.*

Poema que, a nuestro ver, no supera el chiste decididamente trasgresor, de «ideas atrevidas», al decir de Alfredo Cazabán. Mayor interés tiene este otro, en cuartetos romanceados, por igual aparecido en *El Motín*⁴⁸, inequívocamente nihilista y ateo:

EL CAMINO DE LA VIDA

*Del seno de la madre que nos cría,
el mullido colchón de alegre cuna;
de la cuna a la escuela, y de la escuela
al aula o al taller que al hombre educan.*

*Del taller, unos van a los presidios,
pues la fuerza del sino les empuja;
y otros viven mimados de la suerte
que les vela y les sigue hasta la tumba.*

*Y después de reñir rudo combate
al final de terrible y larga lucha,
con su dedo cruel y descarnado
la muerte nos indica el NON PLUS ULTRA.*

No queda otra opción que incluir a Siles en el grupo, tan de su tiempo, de poetas pesimistas, militantes de un escepticismo materialista y ateo y de neto positivismo. Y aquí bien cuadra, mi ver, el juicio de Ricardo Gullón:

El mal del siglo romántico fue el tedio; el de la época modernista, la angustia. El hombre moderno tiene su soledad y en ella, el más allá, el silencio de una libertad que le fuerza a decidir por sí en todas las oportunidades, menos en las decisivas: el nacer para la muerte y el morir sin saber para qué.

Pero hay más, en esta época de quiebra y búsquedas, por lo hasta ahora visto, a Siles no queda otro remedio que incluirle dentro de cierto eclecticismo, pues, junto a su manifiesto hacer modernista, por igual,

⁴⁸ Madrid, 6 de julio de 1899, p. 4.

es patente un claro naturalismo en esa poesía civil que se enfrenta a las angustiosas verdades vitales de la España de finales del siglo XIX y principios del XX, también advertible sobremanera en no pocas de sus prosas, inequívocamente de intención social y un tanto presocialistas –recordemos la militancia política del autor en el liberalismo democrático de José Canalejas-, de lo que pueden ser muestra las dos estampas que siguen, en las que se enfrentan dos realidades irreconciliables, el mundo del trabajo y el burgués. La denuncia es clara, como lo son los personajes y ambientes que se dibujan con breves y recogidos trazos. Veámoslos comenzando por el que podemos tener como exponente del primero⁴⁹:

LOS QUE TRABAJAN. EL HERRERO

Bajo la ennegrecida campana de una chimenea angosta, derruida, está la fragua. A su lado un mocetón de tostada y lustrosa piel, en la cual se observa el movimiento de una musculatura de elefante, levanta el pesado martillo que deja caer sobre el yunque, produciendo el estampido de un relámpago.

Sudoroso el cabello, desgarrada, más que abierta la camisa, desnudos los brazos, jadeante el velludo pecho, entreabierta la boca, cejijunto, iluminado su rostro por el resplandor de la hoguera... parecía el dios mitológico forjando sus rayos.

Más allá, frente al fuelle, mascullando una copla popular, en la que se van las energías de un esfuerzo titánico, un rapazuelo churretos, en cuya faz se distingue la huella del hambre, estira y contrae sus bracillos escualidos, sin más descanso que el cuarto de hora que se le concede para que comiese un trozo de pan ennegrecido y duro.

En un rincón, agazapado sobre un montón de leña, un perrillo enclenque y gruñón, de lacio pelo y ojos vivarachos, hace como que duerme, con el hocico entre las manos.

Sentada en una silla de enea, con un cesto de costura al pie, una mujer joven, bella, remienda un canasto de ropa blanca, blanca y rota. En el suelo, un angelillo de rosadas mejillas juguetea con un ovillo de hilo, que tira por alto y recibe con aspavientos...

*Aquí tenéis un cuadro de la vida, de una vida miserable, llena de torturas.
¡Paciencia sin límite de ese hombre que nació para sufrir!*

⁴⁹ En *Don Quijote*; Madrid, 23 de marzo de 1900, pág. 3.

Si una vez se emborracha —único placer permitido a los desheredados—, tras robarle el tabernero, será conducido a la cárcel.

Y si se da un golpe y se inutiliza, el refugio de su vejez será un asilo, si tiene influencia bastante para que lo lleven a él.

Resulta aleccionador que el trabajo concluya con una más que elocuente nota: «Del libro en preparación *Tinta roja*». No puede ser más expresivo el título de su carga ideológica marcadamente socialista. Mas, sobre cualquier otra consideración, dejemos la otra estampa en la que, a nuestro ver, su intención política prima sobre lo netamente literario.

UNO DE TANTOS

¿Con que no conoces a D. Pepito, el célebre D. Pepito? Vaya, vaya; pues es raro, muy raro, porque es un chico de los que más lucen, un smart de lo más smart. Joven, airoso, coquetón; en todos los centros aristocráticos se solicitan sus miradas y se disputan las damas sus galanteos.

De frac o de levita, de smoking o americana, siempre está subyugador, irresistiblemente atractivo. Posee dos carreras, un capitalito de unos cuantos milloncesos y otra cosa más, lo que más viste, un título nobiliario.

Todo esto se lo debe a su papá, un grande hombre... uno de los muchos grandes hombres que por fortuna tenemos en este delicioso país que se llama España.

El tal prócer, que haciéndole el honor que se merece, es uno de los que han convertido esta misión poco menos que en un Paraíso, no tiene mas encanto que su bebé, en D. Pepito; y ¡claro! como es natural, por él ha de hacer imposibles.

Verdaderamente el muchacho es un prodigio, no hay sport que no conozca, ni señora cuyo corazón no parta con sus ojazos azules, desmesuradamente abiertos siempre, como si en ellos quisiera mostrar la ambición de toda su raza.

Doctor en Derecho y Doctor en Ciencias: he aquí los dos títulos universitarios que obtuvo casi a un tiempo cuando era poco más que un niño.

Asiste al teatro todas las noches; y aunque parezca que no oye ni ve lo que se representa, caído el telón, es el primero en protestar de los cómicos y los autores, con muchísima razón desde luego, porque es lo que él dice: una vez conocido el extranjero, no es posible transigir con las cosas de España... ¡Ah,

España! País de imbéciles, tierra de bandidos... Esto exclamaba con frecuencia, sin acordarse de que su padre ha sido ministro y lo será otra vez.

Mira todos los periódicos, pero no lee ninguno; habla de todo y de todo discute: no siente predilección por nada; como siempre ha satisfecho todos sus deseos, ve el mundo con la indiferencia que el ahito mira un plato de carne.

Su complexión enclenque, hija de su raquitismo de origen, está al unísono con su estructura moral. Como jamás ha vivido la miseria ni se ha rozado con los que padecen hambre y dolor, su corazón es en él algo así como un cacho de piltrafa.

Se acuesta de madrugada, se levanta al anochecer. Como es rico, todo le sobra: amor, amistad, besos, halagos...

En la práctica sigue las huellas del autor de sus días; es conservador porque tiene mucho que conservar.

A la iglesia, por costumbre, va todos los domingos; pero no en calidad de devoto, sino en clase de santo: sobre el pedestal de su orgullo se muestra a las beatas como un ídolo poseído de su papel...

Este es, a grandes rasgos, D. Pepito, el ilustre D. Pepito; mañana, seguramente, el Excmo. Sr. D. José; porque, eso sí, nació de un ministro y ministro será, como del melón nace el melón.

¿Qué no tiene méritos para ello? —dirá alguno que no sea español.

¡Bobada! ¡Qué más mérito que haber frecuentado las mesas de Fornos y los picaderos y los salones de la alta sociedad!

Y, sobre los dos libros que se dan como de inmediata aparición, así como un tercero en proceso de redacción, un cuarto libro, según noticia que encontramos en *El País*⁵⁰:

Placeres y dolores es el título de un libro que, con un prólogo de D. Joaquín Dicenta y un epílogo de D. Alejandro Sawa publicará en breve el joven y distinguido escritor Don Miguel de Siles Cabrera.

Tampoco hemos dado con confirmación alguna de la anunciada aparición impresa de ese presunto tercer libro, ni reseña o crítica sobre el mismo. No obstante su título, como el nombre de las dos importantes figuras que lo avalan, nos lo abren a prejuzgarlo como netamente modernista y, a la par, con unos temas a caballo entre los del orbe bohemio y el

⁵⁰ Madrid, 3 de abril de 1900, p. 4.

de la pobreza o marginación con intención socialista con cierta estética naturalista.

No acaban en los textos transcritos las líneas del hacer creativo –al margen su producción netamente informativa y la crítica literaria– de Siles, como muestra de ello quede esta nueva estampa, en la que, como tantas otras de diversos poetas aletean el dolor y la preocupación sobre España tras el desastre colonial, los que abrieran el noventaiochismo; aquí, sobre la Cuba ya perdida, la frustración y el sueño de «otra patria y otros hombres».

HOJAS SUELTAS. EL ÚLTIMO MÁRTIR

Esto que voy a contaros ocurrió en la capital de la Habana, en los últimos días de Diciembre del año 1898, cuando restablecida la paz en la Antilla, las tropas enemigas llenaban las calles de la capital y en todos los balcones ondeaba la bandera azul y blanca, símbolo de la patria que pretendieron fundar los que hoy viven, por su torpeza, sujetos a la garra yanqui.

Allá, en muelle de Caballería, en una calleja torcida, de triste memoria, había establecido un restaurant, al que en otro tiempo acudían diariamente sinnúmero de jefes y oficiales de nuestro ejército, y cuyo dueño era un gallego de un patriotismo digno de mejor época.

Este sujeto, a quien todo peninsular estimaba profundamente, tanto por la afabilidad con que atendía a los que pisaban el umbral de su casa, cuanto por la compasión que le inspiraban sus ideas contemporáneas, poseía un loro, de una locuacidad tal, que sólo era comparable con esas mujercuelas charlatanas que se pasan la vida sin dar descanso a la sin hueso.

Perico, que así se llamaba aquel avechucho, era de lo más simpático que se puede conocer, tanto agradaba su cháchara, a tal punto llegaba la picardía de sus párrafos, que muchos, casi todos los que frecuentaban el restaurant, puede decirse que íbamos, más que atraídos por la calidad de los manjares que nos servían, por oír los discursos del extraño Demóstenes.

–¡Viva España! ¡Mura Máximo Gómez!

Estas eran las exclamaciones que más de continuo salían de su pico.

Y, ¡claro!; en medio de aquel batallar incesante; en medio de las adversidades con que tropezábamos en todas horas del día, no viendo por todas partes más que celos y malquerencias, la retahíla del loro, cuyo patriotismo era

innegable, mitigaba nuestras penas y nos hacía soñar en otra Patria y en otros hombres.

Cuando se lucha dentro de casa, la lucha es insoportable, hasta halagadora, puede decirse; porque en los momentos de descanso, en los minutos de paz que existen en las guerras más constantes, tiene el soldado el consuelo de beber y comer y dormir con los suyos.

En Cuba no ocurría esto; aunque aquella casa nos pertenecía, no era nuestra; su dueño, el criollo, nos hacía la guerra en el campo, y los valientes que subsistían a los combates, corrían el peligro de morir envenenados. Por eso al encontrar un ser que, cual Perico, sentía con nosotros y pensaba con nosotros, el gozo no nos cabía en el pecho, y hasta hubiéramos sido capaces de pelear por él con el denuedo con que se pelea por un objeto propio...

Aquel día, Perico estaba muy triste, mucho, y tenía razón; el personal que llenaba el establecimiento no era el de costumbre; caras desconocidas, uniformes nunca vistos y lenguajes extraños.

Todo era dar vueltas y más vueltas el loro en la jaula, cuando ávido quizá de una voz conocida le dijera algo, gritó como de costumbre:

—¡Viva España! ¡Muera Máximo Gómez!

Aquí intercaló una interjección de arriero.

—¡A ver quién grita allí!- dijo poniéndose en pie uno de los que comían, y que más tarde se supo era un cabecilla de partida.

—No, no es nada, señor —contestó con timidez el dueño del restaurante, tratando de ocultar con el cuerpo al temerario patriota; empero fue inútil: el cabecilla vio la jaula, y dando un empujón al fondista, trincó el loro por un ala y lo estrelló contra la pared.

Ni las súplicas del pobre gallego, ni las lágrimas de su mujer, bastaron para aplacar la ferocidad del insurrecto, el cual, desenvainado un machete que llevaba al cinto, y gloriándose de lo que iba a realizar, descargó, con la sonrisa en los labios, un enérgico golpe sobre el pescuezo del loro, que empezó a patallar en el suelo como sacudido por una corriente eléctrica.

Sobre las pajizas plumas corrió lentamente la roja sangre del animal, formando un caprichoso dibujo los colores de nuestro pabellón.

¡Aquella fue la última bandera española que palpitó en Cuba!

Concluimos con nuestro reiterado, aunque provisional juicio. El malogrado Siles, poeta en formación y a la búsqueda en afirmación de voz

propia, que sepamos, es caso prácticamente único en la literatura jaenesa «de ideas atrevidas» en la confluencia de los siglos XIX y XX, con un hacer al que, no obstante sus contradicciones por las adherencias que muestra de una literatura anterior, es preciso incluir en el orbe modernista y no sólo de los creadores giennenses. A él, como a tantos otros, de antes y ahora, le alcanzó el silencio de la losa centralista literaria, que ya denunciara Zahorí⁵¹:

muchos poetas que no están en Madrid y que pueden muy bien parangonarse con los de la corte y de cualquier otra parte, y sin embargo permanecen, cuasi oscurecidos, en sus provincias. ¿Porqué quién se acuerda de Alfredo Cazabán, de González Anaya, de José Durbán Orozco, de Redel, de Miguel de Siles Cabrera, de Ricardo León y de Román, y de tantos otros jóvenes.

Jóvenes poetas andaluces, todos los enunciados, de Almería, Córdoba, Jaén y Málaga. Circunstancia la anotada que volverá a apuntar pocos días después el referido crítico con ocasión de la aparición impresa de la exitosa antología, aparecida anónima, *La corte de los poetas*⁵²:

Lástima que en esta antología no figuren algunos poetas jóvenes que valen mucho y que son Mariano M. del Val, Manuel Sandoval, Ricardo León, Miguel de Siles Cabrera, José Sánchez Rodríguez, Alfredo Cazabán y otros muchos de España. Y de América: Julio Flórez, Ricardo Jayme Freira, Andrés A. Mata, Manuel S. Pichardo, Federico Urbach, etc., etc. Por lo demás, *La corte de los poetas* es una preciosidad.

Pero no nos vayamos tan lejos, en tiempos y geografías, y veamos, en reflexión autocrítica, cuanto por aquí se recuerda y escoge.

⁵¹ «De letras. Mi impresiones de Madrid», *Diario de Córdoba*, 8 de julio de 1906.

⁵² «Una antología: La corte de los poetas», *Diario de Córdoba*, 29 de julio de 1906.

MISCELÁNEA

